

Palabra y carne

Nos preguntaban el otro día por cómo van las cosas en Caravana. Inevitablemente, para explicarnos, tiramos de discurso social o psicológico. Hablamos de problemáticas, perfiles, beneficiarios, estrategias, indicadores, valores, objetivos... Y mientras hablamos, una brisa helada se va colando entre las palabras, que se alejan poco a poco, por caminos "políticamente correctos", del calor de la carne tierna y concreta, con nombre, rostro y espesor.

"La palabra se hizo carne". Con esa expresión ruda y chocante, el evangelio resume lo que Dios hace en Jesús de Nazaret.

Se diría que Dios está cansado de tanto hablar. Las **palabras** pueden acariciar, consolar, iluminar, es cierto. Pero también, sobre todo si son grandilocuentes y pomposas, las palabras cansan, hartan, saturan. Palabras vacías, huecas, lastimosas, patéticas, forzadas, gastadas. Seguramente, como estas mismas palabras que estoy escribiendo ahora.

Harto, pues, de palabras, se puso a hablar con la carne. La **carne** de los hechos, las acciones, la presencia, la mano, la mirada, el oído, el cansancio, el sufrimiento, la tarea. Carne que nace, y que también muere. Carne que nos iguala. Carne enamorada.

En las palabras cabe todo. Una cosa y la contraria. La lealtad y la hipocresía. La verdad y la mentira. La carne, sin embargo, es limitada, pequeña, confinada. La carne duele, se hiere, sangra, sufre, goza, ríe.

Entre las palabras y la carne, se cuelan los **sentimientos**, los gustos, las apetencias. Uno contempla pasmado cómo esos sentimientos se erigen en capitanes de la vida. Hago tal cosa si me apetece. Elijo esto porque me gusta. Estoy aquí o allí porque me siento bien. Las comunicaciones digitales, la publicidad, incluso el periodismo, son el escaparate de este carnaval de sentimientos caprichosos y manipulables, traducidos en palabras juguetonas y cosméticas. La carne del otro desaparece, con sus necesidades, sus gritos, sus reclamos.

"La palabra se hizo carne". Ni palabras, ni sentimientos. **El criterio supremo es la carne**. La carne de los otros. ¿Podrán contar conmigo, o no? ¿Estaré presente, o no? A esta pregunta decisiva, Dios responde en Belén. Noche silenciosa. Noche de paz.

¡Feliz Navidad!

